

*Texto para la exposición Érase de Catalina Schliebener y Jimena Salvatierra. Galería Ups! Arte contemporáneo, Buenos Aires, Argentina.*

*Text for the exhibition Érase by Catalina Schliebener and Jimena Salvatierra, Ups! Arte Contemporaneo Gallery, Buenos Aires, Argentina.*

*\* Spanish only.*

## **Érase** **Guido Ignatti**

Los cuentos que nos vienen contando, tienen un principio y un fin- este último más o menos abierto pero un fin al fin-. Y uno de los fines de estos es enseñar, a través de moralejas, metáforas y simbolismos, el deber ser.

Deber que, impacta en la vida de quien lee atento o escucha con ojos abiertos la historia contada y que, luego, circula como lo hacen los fluidos de una dolorosa inyección de moral suministrada a la fuerza como castigo, al dejarse amedrentar por la maldad- siempre camuflada con diferentes vestuarios según el cuento contado-. Hay que saber ver, hay una responsabilidad a la que responder, seamos niños o adultos. El bien y el mal están ahí para que los diferenciamos. Estas historias- naif a veces y otras bien cruentas, hasta sádicas- estimulan las aspiraciones, potencian creer en milagros imposibles y, por supuesto, generan frustraciones ante la necesidad de finales felices que suceden poco en la realidad. Tras la función moral y educadora, y con un método donde la fantasía predomina es que, se hace comprender, en términos simples las situaciones humanas más complejas. Eso es lo que entendemos hoy, entre líneas, de/por los cuentos que nos llegaron.

Richard Lanham enunció: «Percibimos el mundo tanto activa como recreativamente; no sólo registramos un mundo que 'ya está ahí'. Percibir el mundo también significa componerlo, con tal de darle sentido a las cosas».

Los cuentos no son formas literarias fijas, su origen está en la lengua oral- no así en su forma persistente que es la escrita- por lo que siempre fue presa de modificaciones según el interlocutor. Sus formas puras son difíciles de conocer, estuvieron siempre en fluctuaciones socioculturales y regionales, que nos alejan del primer eslabón de esta cadena de personajes e historias entramadas.

El cuento es el perfecto inductor, y la inducción responde al propósito de quien emite el mensaje. El argumento ya no es fundamental, sino el propósito de contarlo. En efecto, la búsqueda del efecto.

Aquí es donde estas artistas tratan de accionar, desde perspectivas diametralmente opuestas pero con un método similar. Su modo es editar lo icónico y construir metalenguajes. La herramienta es el collage.

Salvatierra revisa lo simbólico y con retazos de actualidad reconstruye la ficción situándola en el ahora, mientras que Schliebener licua los argumentos y los arroja

de nuevo al ruedo sin importar el relato. En la primera, el collage fotográfico es tan perfecto que devela, en clave onírica, la infantilidad asociada a la falsedad en la perfección, y así cuestiona como se condiciona la personalidad cuando los cuentos se instauran en el inconsciente. La segunda parece mostrar el resultado de una catarsis de un modo pictórico e intuitivo, el collage en papel se manifiesta como la destrucción del mandato. Una actitud de resistencia y una edición más punk, que operan fuertes para combatir el terror al deber.

Érase como se fue en un principio, o érase como se deba ser. Érase una vez.